

BIBLIOTECA

*Las Grandes Películas*

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



La virgen  
del Palace

por  
Huguette Dufles  
50 cts.

BIBLIOTECA

*Los Grandes Fumos*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES HISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA

LA VIRGEN DEL PALACE

PALESTRA 1927

Superproducción de gran lujo, interpretada  
por la bella «estrella» francesa  
HUGUETTE DUPLOS

Exclusiva de

Balart y Simó

Aragón, 263 - BARCELONA



Revisado  
por la censura gubernativa

Imp. Badia - Dr. Dou, 14 - Barcelona,

## La Virgen del Palace

### Argumento de la película

El llamado gran mundo, sociedad de adinerados, nobles y aventureros, tiene para su diversión unas maravillosas jaulas internacionales: los grandes hoteles, los "Palaces" modernos, edificios de maravilla enclavados en los más bellos rincones de la tierra.

Para el ciudadano de los Palaces, las noches son lluvia de fuego de oro en los lagos y sus días perfume de flores, edenes de la tierra en sus jardines.

El bail es una tentación sensual, escaparate de bellezas de todas las naciones, y su sala de juego es ministerio de Hacienda que vacía los bolsillos

de los aburridos para pagar el fausto del Palace, la nación sin fronteras.

En el círculo de las llamadas vírgenes locas, muñecas del Palace, que pasan su vida jugando al deporte del amor, apareció Mary Van Bershen, huérfana, hermosa y millonaria.

A su lado iba siempre Juana Passano, servidora, compañera, secretaria, solterona y vieja, capaz de vender a su dueña por un requiebro y un seguro de vida.

Una noche Mary se encontraba en el gran comedor del Palace, medio adormecida por las dulces músicas de la orquesta.

En otra casa estaban los señores de Hoka, su hija Nadia y un joven. El marido era una autoridad en el mundo bancario, y su esposa no tenía otra preocupación que la de ser feliz. Y para ella la felicidad era no pensar en nada.

Los dos tenían un tirano, su hija Nadia, una de estas vírgenes locas, envenenadas por los Palaces.

Nadia era una mujer de la que no se sabía si tenía corazón. Las joyas ocultaban su alma.

Se copiaban sus trajes, se envidiaban sus joyas, se codiciaba su fortuna.

Entre los cazadores de dotes, los aburridos y



*...Nadie, una de estas vírgenes locas...*

los bailarines de profesión, estaba un hombre leal: Dick Meslay, atormentado por su amor sin ventura.



Estaba locamente enamorada de Nadia que, habiéndole correspondido en otro tiempo, ahora le demostraba una indiferencia glacial.

Teniéndolo a su lado, Nadia apenas contestaba a las palabras de Dick. Su imaginación parecía estar lejos de él.

Y los concurrentes murmuraban sonrientes:

—¡Dick es el arlequín de Nadia! ¡E! la adora... ella juega!

—A veces huye de ella como de un peligro, pero vuelve a pedir el perdón de una mirada engañosa.

Nadia se levantó de pronto y se dirigió a la cercana sala de juego.

En la mesa de juego triunfaba un hombre al que parecía haber adaptado por hijo favorito el loco hacendat.

Era el marqués de Aveghí, frío, dominador, amador codiciado por todas las bellezas del Palace.

Nadia estaba enamorada de aquel hombre. Una pasión extraña, que desasossegaba su alma y era la causa de su desvío por Dick, envolvía todo su

ser, dominaba sus pensamientos, ponía relámpagos de alegría o de tristeza en su corazón.

Quedó de pie junto al marqués mirándole fijamente con ojos dulces y suaves.

El noble se volvió hacia ella y sonrió. También llevaba algunos días fijándose en aquella virgen rubia y primaveral. E iba sintiéndose atraído hacia la bella.

—¿Quiere usted hacer la merced de cortar mi suerte?—le dijo mostrándole las cartas.

Ella se echó a reír y cortó la baraja.

Después de verlo ganar nuevamente, apartóse de la mesa.

Dick, que la había seguido, le dijo:

—¡Nadia! ¡Qué hermosa estás hoy!

—¿Me lo dices a mí?

—¡Sí, a la mujer que amo!

Ella movió despectivamente los hombros y fue a una contigua galería. Dick la acompañó.

—¿Por qué te empeñas en seguirme cuando no te llamo?—protestó ella.

—¡Nadia! ¿Por qué eres cruel conmigo?

—No continúes por ese camino, Dick. Si quieres estar a mi lado, debes admirar lo que yo ad-

miro. Sólo me atrae la rara fortuna de aquel hombre.

Y señaló al marqués que seguía jugando con una alegría febril.

Dick miró tristemente a la mujer que amaba. Nadia no era mala, pero quería cortar el "firt" del enamorado.

Y ante la desconcertante criatura, Dick recordaba la escena de un año antes en el jardín de los Hoks en que Nadia y él se besaron dulcemente.

Entristecido ante el recuerdo, dijo a Nadia:

—¿Te olvidas que me ofreciste tu amor en un beso? ¿Es que no pueda tener esperanza?

—¡Bah! ¡Seamos libres, Dick, libres! ¡Un beso hace un año en un jardín! ¡Los besos, que sólo tienen por testigos las mariposas, se los lleva el viento!

—¡Nadia!..

—Anda, tonto, no seas romántico y acabemos de cenar en paz. ¡Es más práctico!

Silenciosamente volvieron al comedor acabando con rapidez la comida. Dick estaba melancólico..

¡Y había tantas mujeres hermosas en el Palace que sonreían como esperando amor!

Un hombre triste entre tantas chicas guapas es como un sordo en un concierto.

Mary le lanzó una furtiva mirada. ¡Le gustaba aquel muchacho de aspecto enérgico y fuerte!

Cuando acabó la cena, Nadia salió al jardín, y Dick quiso seguirla.

—¡Déjame, déjame!—protestó ella, malhumorada—. ¡La única galantería que te agradeceré es dejarme sola!

Dick se alejó tristemente, comprendiendo que perdía de modo definitivo el corazón de Nadia.

¡Desgraciado de él que había creído en el amor!

Nadia respiró gozosa las auras del jardín nocturno, en cuyas enramadas ponían algunos pájaros la divina canción de sus voces prodigiosas.

Se oyeron de pronto unas campanas. Eran las de un cercano convento de monjas que elevaban al cielo sus plegarias. Y eran sus ecos como iniciando de paz para el corazón.

Nadia se sentía angustiada. Un malestar, un estado febril la envolvía. Y seguía pensando en



el marqués de Areghi, de ojos fríos, duros, misteriosos.

Una voz sonó detrás de ella.

Volvióse rápidamente y vio al marqués.

—¡Nadia!—le dijo éste—. Perdóneme mis palabras, pero vine a su lado porque sentí que usted me llamaba en silencio.

—¿Yo también sentía que usted venía llamándome!—contestó con suavidad.

Pasó de lejos Dick, quien al ver a Nadia con un hombre, apretó el paso. ¡Qué honda pena!

El marqués, sonriente, preguntó:

—¿Es su novio ese joven? ¡La ha mirado de una manera!

—¡Oh, no! Un pretendiente... nada más. ¡Qué me importa?

—¡Nadia... deseaba hablarla así... a solas... usted y yo! La conozco hace mucho tiempo, y la quiero... ¡El amor ha de tomarse por asalto! ¡No me deje sin una palabra definitiva! ¡Estoy dispuesto a someterme a la prueba que me exija!

Ella se sentía feliz escuchando los conceptos ardorosos de aquel hombre.

—¿Por dura que sea la prueba?—indicó.

—La acepto antes de conocerla.

—Pues... no juegue usted más... en quince días

—¡Eso es poco para un hombre que la adora! ¿Se lo prometo! Pero, ¿puedo tener alguna esperanza?

—¡Ya hablaremos!... ¡Va usted muy aprisa!

Y le dio a besar su mano, mirándole para el día siguiente... en el jardín.

Como ambas vivían en el mismo hotel no era difícil verse con frecuencia.

Y fué de esta manera cómo empezó el nuevo "firt" de una virgen loca.

\* \* \*

Y en los jardines del Palacio, como antes en los salones, seguían bajo el sol los amores nacidos al son del jazz.

Nadia aguardaba impaciente al día siguiente la llegada del marqués. Le parecía que todo, la luz

las flores, los perfumes, había sido creado para embellecer su amor.

Dick se acercó a ella e insistió en sus pretensiones.

—¡Nadia! ¿Cuándo terminará el juego de tus desdenes?

—¿Por qué dices eso? ¿Con qué derecho pretendes atar lo que está libre?

—¡Aquel beso me ató a ti para siempre!

—¡No lo creas! Yo no he sentido nunca la presión de ese lazo.

Pasó cerca de ellos Mary Van Bershen, aquella otra virgencita del Palacio. Contempló con cierto interés a Dick y siguió su camino bajo su sombra luminosa.

—¡Ahí tienes unos ojos que te han mirado con interés!—dijo Nadia—. ¡Del interés al amor sólo hay una palabra!

—¡Qué poco me quieres!

Y fué a internarse por las veredas del jardín, soñando en su ventura rota.

Nadia le vió partir y sintió una ligera mezcla de ironía y compasión. ¡Pobre enamorado!

El marqués de Areghi avanzaba por la alameda central del jardín en busca de Nadia.

Unos paseantes comentaron al verle:

—¡Es el marqués de Areghi! ¡El dios enigma de nuestros clubs!

—En sus horas de aburrido, entre sus paredes, parece que le place ofrecerse espectáculos como un sultán de cuento oriental.

El marqués acercóse a Nadia y le dijo:

—Me esperaba hace rato, ¿verdad?

—¡Esperaba la vida!—contestó ella.

—¡Yo también, y me pareció encontrarla anoche vestida como usted!

—¿Vestida como yo?... ¡No haga usted caso! ¡Yo cambio de traje cada noche!

Pasaron unos caballeros, conocidos de Nadia, y la saludaron sonriendo. ¡Un nuevo hallo!

Ante la vista de aquellos hombres el rostro del marqués tornóse violento, duro, implacable.

—¡Qué cara pone usted ante esos amigos míos!—dijo ella, sorprendida—. ¡Es usted un hombre misterioso!

—¡Lo soy! ¡Querría que nadie lo viese a usted!



Y la contempló con una mirada enigmática, de inquietud.

Pasaron varios días.

Nadia y el marqués seguían viéndose y el idilio parecía continuar.



*— ¡Quería que nadie la viese a usted!*

Dick, como todos los adoradores románticos, buscaba la soledad para profundizar su liaga de amor, y deambulaba por el jardín y por los campos viveiendo la pesadilla del recuerdo.

Pero un día en sus paseos nació la esperanza...

Mary, la dulce muchachita que le contemplaba siempre con el interés que inspira el hombre al que se quiere, se acercó a él y le dijo:

— ¡Quise alejarme del Palacio y me he perdido! ¿No me acompañará usted?

— ¡Oh, sí, señorita!

Anduvieron juntos. Por el camino se cruzaron las confidencias como florecillas que aromasen su paseo.

— Me encuentro tan sólo aquí — decía él — como en el engañador bullicio de los salones del Palacio.

— ¿Por qué no unir nuestra misantropía para luchar contra la tristeza que nos envuelve?

— ¿Usted también sufre?

— ¡Sí! Vivo en el Palacio, pero mi carácter no se aviene con el ruido — dijo Mary.

— ¡Como yo! Va usted pareciéndome una mujer interesante, superior, puesto que no es como la mayoría de las otras. Me gustará ser su amigo.

Y desde aquel día se inició un suave idilio entre los dos.

Dick no podía olvidar del todo a la otra, a la desleal, pero sentíase cautivado por la sonrisa

bondadosa de Mary. ¿Quién sabe aún si podría florecer de nuevo el alma?

Mientras tanto, el enamorado marqués de Areghí cumplía su promesa y no jugaba.



—¿Usted también sufre?

Y Nadia esperaba el plazo de la prueba y sentía la turbación de la nueva inquietud.

Sí, le gustaba aquel hombre, pero... le daba cierto miedo, como si un misterio rodease a su exis-

tencia. ¡Aquella implacable dureza de sus ojos, aquel gesto que a veces era de crueldad!

Su madre se acercó una noche y le dijo:

—¡Algo raro le sucede a mi chiquilla! Tú no sales de tus habitaciones y Dick no aparece por aquí.

—¡Pobre Dick!

Y en aquel instante se acusó de haber sido demasiado cruel con el pobre joven.

—¡Ya no vendrá a vernos más!—añadió.

—Escríbele una carta y volverá a hacerte la corte. Te quiere de veras.

—¡Sí, voy a escribirle!—dijo ella en uno de sus repentinos caprichos.

Y escribió:

"Dick:

"Perdona a la mujer que te ha hecho sufrir tanto. Mis desprecios se vuelven contra mi corazón. Tengo vagamente un peligro en mi vida. Ven a salvar a la que no olvida aquel beso.

"Nadia."

Pero antes de enviar la carta definitiva, quiso consultar a sus amigas las estrellas.

Paseó por el jardín con un extraño deseo de



librarse del marqués. Con su poder invisible aquel hombre la dominaba. ¡Oh, tenía el presentimiento de que no había de serle favorable su cariño!

—¿Tendré fuerzas para olvidar a ese hombre enigmático que me domina?— se preguntaba—. ¡Dick, compañero fiel! ¡Hazme olvidar con tus palabras al marqués! ¡Me atrae y lo temo!

Pero también a las estrellas otros enamorados consultaban su amor... Nadia escuchó susurro de palabras en la fronda. Acercóse quedamente. Vió hablando, cogidos de las manos, mirándose a los ojos, a Mary y a Dick.

Sintió la amargura de la desilusión. Escuchó cómo Dick hablaba de amor a Mary y cómo la virgen de los ojos cándidos le creía.

Sonrió entristecida. Ella dejaba escapar el amor para correr tras aquel noble enigmático y frío, cuyas pupilas parecían quemar.

¡Bah! ¡Fuera cartas! Rompió en pedacitos la que tenía escrita para Dick. No quería verse humillada con una respuesta negativa.

Ya que el destino lo quería, se daría a ese dios ciego e inclemente... Y procuraría corresponder al apasionado marqués de Areghí.

\* \* \*

Aquella noche Nadia encontró a su amigo Areghí en el bar del Palace.

Hablaron, él le dijo después de besar su mano:

—¿Por qué no hablar a solas? En mi pabellón estaremos lejos de miradas indiscretas.

—¡Vayamos allí!

Y fueron al pabellón, una *garçonnière* que en el mismo Palace tenía instalado el marqués de Areghí.

Nadia contempló admirada aquella alhajada estancia, silenciosa y llena de almohadones de gusto oriental.

—¡Buen refugio para Don Juan!—dijo.

—¿Lugar para enamorados? ¡La quiero a usted tanto! Ya ve usted cómo he cumplido mi prome-

sa de estar quince días sin jugar.

—¡Y si le pidiese que no jugase más!

—¡También obedecería!

La miraba con pasión como el amante más sincero y rendido.

Y la soledad, la noche, el silencio, ponían una deliciosa turbación en los que no sabían si se amaban o se odiaban.

Nadia volvió a contemplar maravillada aquella habitación donde todo hablaba de intimidades exquisitas.

De pronto vió una fotografía, el retrato del marqués.

—¡Qué bien ha quedado usted!—dijo.

El marqués le arrebató la cartulina ocultándola con extraño terror. Nadia estaba desconcertada.

—¡No!—dijo él.—¡Es el último retrato de mi hermano!

—¿Su hermano? ¡Me parece recordar que usted me dijo un día ser así en el mundo!

—¡Es que mi hermano murió!—repuso con rara entonación.

Nadia comprendió claramente que aquel hom-

bre se hallaba turbado, contrariado.

—¡Decididamente es usted un hombre extraño!—dijo sonriendo.

—¡Sí, lo soy, pero no es mía la culpa! Pero hablemos de otras cosas más agradables. ¿Qué día me dará usted la esperanza de que me quiere?

Ella se echó a reír.

—¡Esas cosas no tienen plazo, marqués! ¡Vienen... cuando vienen!

—¡Yo la quiero, Nadia; por usted soy capaz de todo, de todo! ¡Déme un beso!

—¡No!

—¡Lo exijo!

Levantóse con un gesto de furor, con la mirada del hombre acuciado por el deseo.

Un fuerte temor se apoderó de Nadia, quien se apartó de Areghí dando vueltas alrededor de una mesa, perseguida por el marqués.

—¡Nadia, no juegues conmigo como con las otras adadoras!

—¡Pobre jugador! A mí no se me gana con tanta facilidad como el dinero ajeno.

—¡Oh, me va usted a volver loco!

Se escucharon pasos cercanos, se vió cruzar



una sombra por la parte exterior de la puerta de cristales.

Enfurecido, frenético, el marqués Areghi cogió un revólver. Parecía querer defenderse contra supuestos perseguidores.

—¡Ya me voy! ¡Aquí cerca hay gente! ¡Si me descubrieran!—dijo Nadia, asustada.

Y salió por otra puerta, huyendo hacia sus habitaciones.

Marchaba preocupada, comprendiendo que Areghi le ocultaba algún secreto y que se hallaba tal vez bajo el influjo de algo tremendo que socavaba su tranquilidad.

Pero era tan irresistible aquel hombre, a pesar de todo, que se sentía atraída hacia él de modo automático y fatal.

El marqués, armado con su revólver, salió al exterior dispuesto a defenderse de la sombra que había cruzado ante la casa. Vio un hombre que se alejaba.

Una sombría maldición surgió de sus labios.

Luego volvió desalentado a la garçonnière.

¡Ah! ¿Qué enigma pesaba sobre el marqués que jugaba con el amor y la muerte?

\*\*\*

Poco después, al llegar a su habitación, Nadia volvió a pensar en aquel hombre incomprensible para ella.

Desearía tener una larga explicación con él, que le contase su vida, el porqué del terror que a veces aparecía en sus mejillas oscuras.

Y escribió un billete:

*"Necesito hablarle a solas. Venga mañana un momento para alejarnos del Palacio."*

Ordenó a su sirvienta entregase en seguida la esquela al marqués de Areghi.

Rendida por las emociones, cenó en su propio cuarto y se retiró a dormir.

Al despertar al día siguiente, vio junto a ella a su madre, que le daba cariñosamente;

—Tu nuevo amigo, el señor de Areghi, es un hombre encantador. Nos ha invitado a un paseo hasta el monte de San Martín.

Ella sonrió.

—Creiendo sería de su gusto, he aceptado.

—¿Has hecho bien, mamá!

Y una hora después salían en un coche las dos mujeres acompañadas del marqués de Areghi, fresco y jovial como la misma mañana.

Areghi mostróse muy afectuoso, muy amable, y parecía que las preocupaciones de la noche última habían cedido con el sol.

Nadia volvía a sentir deslumbrada.

Por el camino se cruzaron con un coche que conducía a Mary y a Dick. Apenas se saludaron.

Un pinchazo de celos conmovió el corazón de Nadia. ¡Ah, a rey muerto, rey puesto! Pronto había buscado Dick una substituta.

Dick la miró indiferente y volvió de nuevo a hablar con su compañera, suave flor que brillaba con la luz del cariño.

Nadia y sus acompañantes llegaron ante un refugio de la montaña. Era preciso emprender a pie la ascensión al monte de San Martín. La ma-

dre no quiso seguirlos. Se hallaba cansada, aquellos trotes no eran ya para su edad.

Los dos jóvenes fueron solos hacia la cumbre desde donde se divisaba un panorama de vértigo.

La naturaleza parecía aplastaba bajo sus pies.

Nadia dijo con los brazos abiertos, como si quisiera bañarse en el impalpable azul:

—¡Qué hermoso es esto!

—Sí, muy hermoso!—respondió el marqués sonriendo—. ¡Quién tuviera alas para huir de esta tierra desde la altura!

—¿Huir?

—¡Sí! Siento el vértigo. Me temo que si estuviese mucho aquí, me lanzaría abajo. Este abismo recuerda una página terrible de mi vida.

—¿Por qué no me la cuenta? ¿No tiene confianza en una mujer?

—Toda... pero hay cosas de uno, que jamás deben salir del corazón. Perdóneme que no pueda ser más explícito.

—¿Y usted es el hombre que dice amarme? En el amor, la confianza es esencial.

—¿Y también la ceguera de la fe! ¿No confía



en mí? ¿Qué le importa? ¿No me cree usted cuando digo que la quiero?

—¡Sí, sí!



—¿Y usted es el hombre que dice amarme?

Pero en el fondo de su alma otra vez la duda volvía a removerse como un legamo peligroso.

¿Amaba a aquel hombre? ¡Ni ella misma lo sabía!

—¿Y no me dirá usted ahora aquí, libre de testigos, que me quiere?—insistió el marqués.

La joven calló. Luego repuso con suavidad:

—Perdone, pero no creo llegada aún la ocasión. Tal vez más adelante... Depende de usted... de su modo de portarse... de muchas cosas... Ahora le ruego que iniciemos el regreso. Mamá debe esperar con impaciencia.

—¡Acato sus órdenes!—dijo el marqués simplemente.

Y aquella vez no insistió en sus anhelos como si quisiera que Nadia fuera suya con el único imperativo de la propia voluntad.

Al llegar al hotel se despidieron hasta pronto. La mano del marqués estrechó la suya con un vigor que parecía decir: ¡Puedo confiar!

Ella estrechó con igual fuerza.

Aquel mismo día, la huérfana Mary, con su secretaria la señora Pessano, huyendo del bullicio del Palacio, se había refugiado en un cercano y poético rincón. Una pequeña casita orlada de flores.

Cerca estaba el convento. Y desde las ventanas se dominaba el jardín de las que dejaron todos los amores terrenales por el verdadero amor.

Vuelos de palomas, monjas en oración, calma para los espíritus atribulados; de todo aquello había en el refugio discreto del convento.

A la otra mañana, Mary, que vivía una pura y dulce novela de amor, recibió una carta de Dick.

Decía así:

"Mary:

*"Un asunto de familia me retiene lejos de ti. Me inquieta el verte sola con Juana Pasano, tu secretaria, esa mujer que no merece ser tu compañera.*

*"Pronto será tuyo para siempre.*

"Dick."

Mary sonrió. Conocía la prevención que su novio tenía contra la señorita Pasano. La consideraba perversa, capaz de cualquier traición o de cualquier infamia. Y en cierto modo tenía razón. Era una mujer extraña, interesada, con el egotismo de

la criatura que dobló ya la juventud en conocer el amor.

Aunque hasta entonces Mary la había tolerado en su casa, el contenido de aquella carta la convenció de que era preciso despedirla. Y así le dijo, al sorprenderla leyendo aquella carta sin su autorización:

— ¡Le suplico que desde este momento, abandone mi casa! Prefiero la soledad.

No insistió la secretaria ante aquel despedido sin contemplaciones, y tranquilamente abandonó la mansión. ¡Imbécil jovenzuela! ¡Quizá algún día se arrepentiría de lo hecho!

Al otro día, Dick, ya de regreso, fué a ver a su Mary. El joven, aunque con el corazón lacerado y lleno del recuerdo de la otra, procuraba querer a su novia actual. ¡Era tan buena!

Pasearon por el jardín de aquella casa en silencio.

— Mi consuelo en tu ausencia — le decía ella — fueron los rezos de las monjas.

— ¡Dulce compañía!

— ¡Y me parecía que sus oraciones me llama-



han! Si un día me abandonas, ellas serán mis hermanas.

—¡No pienses en eso, Mary!

Y siguieron tejiendo la malla azul de su querer.

\*\*\*

Nadia, la virgen loca, seguía en un mar de dudas, de confusiones espirituales. En su alma luchaban el pro y el contra de las cosas. Por una parte sentía la necesidad de amar al marqués de Aregui, y, por otra, un instintivo terror le alejaba de él como si fuera a lanzarse a un abismo.

Estaba débil, delicada.

La visitó un médico, quien recomendó a sus padres cambio de aires. Nada de drogas, sino sol, campo, soledad...

Y su padre, el banquero Hoks, anticipándose a

los deseos del doctor, acababa de adquirir una magnífica finca con extenso bosque, cerca del Chimeron.

Nadia sentíase deprimida. Quizá abandonando al Palacio se pondría bien. ¡Pero dejar de ver al marqués!

Aquel día la señora Hoks recibió una carta que la puso de mal humor,

Decía:

"Señores:

*"Respetuosamente me permito manifestar a usted que con gran dolor de mi parte, ante los desprecios de Nadia, renuncio para siempre a la idea de llamarla un día mi esposa.*

*"Dick."*

La señora Hoks fué a mostrarla a su hija, quien la leyó conteniendo su indignación y su despecho.

¡Cómo le abandonaba aquel hombre! Pero ¿quién tenía la culpa, sino ella? ¿Por qué se disgustaba? ¿Es que le amaba acaso? ¡No sabía! Un

cúmulo de confusiones vibraba en su cerebro excitado.

Quedó meditabunda, y su madre se alejó piadosamente, no queriendo turbar los recuerdos del amor perdido. ¡Ay! ¿No era por la propia culpa de Nadia que había ocurrido aquello?

Sonó el timbre del teléfono. Nadia se puso al aparato. Era el marqués de Aregui.

La joven se estremeció al oírle. ¡El, el dominador, el hombre fatal, el demonio!

—¡Es preciso vernos! ¡Mi vida lo exige!— dijo él.

—¡Espérame en la terraza!— contestó con turbación.

El marqués corrió al sitio indicado con la ilusión de hablar y decidir de una vez su situación con Nadia. Era preciso que ella aceptase definitivamente su amor.

Pero aguardó en vano. Nadia no compareció.

Cansado de esperar, y después de ver cerca de la terraza a unos hombres, volvió a sus habitaciones y dijo nervioso a su ayuda de cámara:

—¡Prepara mi equipaje! ¡Hoy me marcha!

Nadia no había querido acudir a la cita. En

la lucha que sostenía en su alma dos sentimientos había ganado entonces la voz de la prudencia y del buen consejo. ¿Le parecía peligroso



—¡Es preciso vernos! ¡Mi vida lo exige!

ir con el marqués!

Más tarde, en una de las salas, el marqués de



Areggi encontré a Nadia que hablaba con varias amigas.

Acercóse frío, severo.

—¿Por qué no acudió usted a la cita?—le dijo.

—¡No pude! Mamá no me dejó sola ni un ins-



—*¡Espéreme en la terraza!*

tante—respondió ella, sintiendo la sensación física de una mirada que resbalaba sobre ella como un latigazo.

—¡Nadia!—siguió diciendo el marqués—. ¡Mu-

tivos poderosos me obligan a dejar el Palacio! ¡Es preciso que escuche más palabras!

—Ya nos veremos en la galería de cristales.

—¡Ha de ser ahora mismo!

—Dentro de un cuarto de hora.

Quince minutos más tarde se encontraban los dos en la enristalada miranda.

—¿Por qué no ha acudido a la cita? ¡No es cierto que haya estado usted con su mamá! Acabo de encontrármela en el hall y me ha dicho que ha pasado el día fuera. ¿Por qué pretende engañarme?

Calló la joven.

—¡Ay, Nadia! ¡Mucho debo quererla a usted cuando todavía estoy aquí entre los peligros que me rodean!

—¡En su mano está el marcharse cuando quiera! ¡Usted es libre!—respondió, temerosa de aquel hombre, siempre envuelta en el misterio.

—¿Por qué me tortura así, con su desprecio? ¿No la ha dicho mil veces que la amo?

—¿Sé acaso si usted merece que le escuche? ¿Sé, por ventura, quién es usted? Nunca ha querido darme una explicación.

Aregui crispó las manos con una desesperación impotente.

—¡Nadia!—gritó.

Pero la muchacha parecía haber cobrado ánimos para acusarle, y dijo:



—¿Por qué me tortura así con su desprecio?

—¿Sé yo esa historia que siempre le tiene tan lleno de inquietud?

—¡Oh, calle, calle, y sacúcheme, por piedad!

—¡Hable usted!

Pero él, como arrepentido, dejó caer los brazos con desaliento.

—¡Más tardel—dijo—. ¡Aquí no! ¡No es este el momento!

Y salió de la galería tambaleándose, como bajo el peso de algo terrible que le hiciera sufrir mucho.

Nadia volvió a su habitación con la seguridad de que pronto sabría la causa de aquella inquietud constante del marqués.

\*\*\*

La ex secretaria Passano buscando la venganza, rondaba siempre a caza de noticias en las oficinas del Palace.

Acercóse al "bureau" preguntando si había algo para ella. Mientras buscaban en la correspondencia, descubrió sobre el mostrador varias cartas



y entre ellas una en la que reconoció la letra de Dick y cuyo sobre llevaba este nombre.

"Señorita Nadia de Heks."

Se la guardó rápidamente en el bolsillo. Tal vez aquello le sirviese para sus proyectos.

Ya en su casa, la abrió y se abrió al leer su contenido:

"Nadia:

*"He tratado de olvidarte, pero en mí siempre queda el recuerdo de un día. Por el día aquel, por aquel beso, te pido que no sigas hablando con el marqués de Areghi. Ese nombre no es digno de ti.*

*"Dick."*

La maligna vieja sonrió complacida. Allí encontraba motivos de venganza para su antigua dueña.

Y metiendo la carta en otro sobre, puso esta dirección:

"Señorita Mary Bershen."

¡Que sufriese, demonio! Quería herirla en lo

más hondo de su alma, en lo que más siente una mujer enamorada: su amor.

Aquella tarde la tormenta se ceñía sobre el Palazzo.

La furia del cielo encontraba eco en los enfermizos nervios de Nadia, que en la terraza se sentía abatida por aquel desencadenar de los elementos.

El marqués de Areghi, que no había visto a Nadia desde el día anterior en la escena de la galería, se acercó a su amada y se sentó a su lado.

Nadia recibióle esta vez con suave sonrisa, como si añorara su presencia. Además, los truenos la excitaban de tal modo que sentía el contento de tener una persona a su lado.

—¡Qué delicioso es descansar la tormenta!—dijo ella—. ¡Ir montaña arriba hasta el seno de esas nubes en revuelta!

—¡Sí, muy atractiva, pero peligroso!—dijo el marqués.

Sonó un largo trueno, y Nadia, asustada, estrechó febrilmente la mano de Areghi.

—¿Se atrevería usted a acompañarme allá

arriba, en plena tormenta?—dijo ella señalando las lejanas cumbres.

—Soy su criado.

—¡Pues vayamos allá!

Y los dos, como alocados, subieron a un coche y emprendieron por el tortuoso camino la ascensión a lo más alto de las montañas.

Había tormenta en el cielo... y también tormenta en las almas.

La lluvia caía como un desencadenado diluvio. Trágicas exhalaciones iluminaban de modo sinies tro el camino.

El marqués guiaba el coche y a su lado estaba Nadia, sonriente, feliz, ante aquella hazafia de locos.

¿Qué importaba el mal tiempo? ¿Cómo patinaba el automóvil por la carretera ancharcada?

A veces la lluvia era tan espesa que el horizonte aparecía por entero cubierto.

—¡Qué hermoso, qué fantástico!—exclamaba ella.

E imprimían mayor velocidad como si poseyesen el vértigo de locura.

Y de pronto ocurrió algo terrible.

Un rayo iluminó por un momento el cerrado cielo y cayó cerca de ellos sobre un robusto árbol que desenajado vino a caer en medio de la carretera.

Tuvieron que descender del coche, imposible continuar. La lluvia era densísima, los impermeables que ellos llevaban no parecían ya resistir aquella tromba de agua. Hacía, además, un frío intenso que embotaba los miembros.

Ya no sonreía como antes la delicada Nadia. Ahora se apretaba contra el marqués diciendo:

—¿Qué será de nosotros? ¿Dónde buscar un refugio?

—¡Oh, mire, allí!

Y señaló una cercana casa rasgada por cuatro ventanas iluminadas.

Corrieron hacia ella y en su interior hallaron el buen techo acogedor y el dulce fuego que vuelve a la vida.

No estaban solos en la casa. Otros viandantes se habían refugiado allí. Algunos estaban heridos y eran curados solícitamente por un médico.

Nadia y el marqués comenzaron a calentarse junto a los encendidos leños.



—¡Tengo frío, mucho frío!—decía ella apretándose contra Aregui.

Y éste se quitó la americana para arropar más y más a su bella compañera.

Era una noche de embrujamiento y tragedia. A la furia de los elementos en lucha, se unían ayes y voces de heridos. Pero el egoísmo de Nadia y de Aregui cerraba los ojos para lo que no fuera ellos mismos.

Y así, uno cerca del otro, con los corazones palpitantes, pasaron la larga, la angustiosa, la difícil noche. Y amanecía casi cuando la virgen del Palace se durmió junto al marqués.

Y al otro día, cuando el cielo azul borró las huellas de la noche de angustia, los dos extraños enamorados abandonaron el refugio después de despedirse del doctor que había asistido a los heridos durante aquella noche de tormenta.

Salieron y vieron árboles destrozados, quemados. La huella del huracán y del rayo había dejado allí sus señales.

¡En qué lugar de horror, casi junto a la muerte, habían ido a parar!

Y regresaron al Palace, alegres porque nada

les había ocurrido, saboreando la emoción inolvidable del peligro.

De amor no había hablado aquella noche. Hubiera sido como una profanación. Habían gozado



*Era una noche de embrujamiento y tragedia...*

solamente de la voluptuosidad de la audacia y del desafío a la muerte.

Y cuando se despidieron ante el hotel, el marqués de Aregui preguntó a la mujer que adoraba:

—Nadia, ¿podrá olvidar esa noche de locura?

—¡No, no!

—Y a mí ¿me olvidará?

Los labios de ella murmuraron con voz débil:

—¡Tampoco!

Y volvió a su habitación. Pero sus nervios no estaban calmados. Volvían a luchar con la duda y el terror.

\*\*\*

Y Mary, la dulce criatura enamorada, recibía la carta que debía aniquilar sus ensueños.

La malvada señora Passano había apuntado bien el golpe. Causaba a la muchacha un dolor irreparable.

Pensó Mary que Dick seguía amando a la otra, a Nadia. No podía negarlo. Aquella carta en que

hablaba de un beso, decía bien a las claras la oculta y disimulada pasión.

Sí, aquel escrito era la revelación temida. ¡Dick no podría olvidar!

Mary estaba forjada en el hierro del sacrificio. Sabía de dolores, de renunciaciones, de tristezas.

Y la oración de las que abandonaron los amores terrenales por el amor único, llegó a sus oídos.

Ella también, como las blancas palomas del Señor, renunciaría a la vida mundana para encerrarse en la dulce paz del claustro florido.

Acallaría su amor, lo abandonaría.

Y alma noble, alma fragante y pura, escribió esta carta de despedida a su novio:

"Dick:

*"No pienses más en tu buena amiga Mary. Déjame esta vida sin dolor. No sufras por mí. No me tengas lástima. Tú todavía te acuerdas de Nadia, cuya historia me has explicado alguna vez. El retiro que me espera, barra todos los dolores personales. Para los que viven en el convento sólo*



*valen los dolores ajenos. Para que acaben los tuyos, estará tu nombre en todas mis oraciones.*

*"Mury."*

Y la santa mujer, después de cchar aquella carta, quedó sumida en un divino éxtasis de paz.

¡Es tan hermoso el sacrificio! ¡Con qué bondad lo aceptáis las almas puras!

Mientras tanto, buscando dinero para las víctimas de la catástrofe del temporal, la Dirección del Palace acudía al más cómodo medio de hacer caridad: organizar fiestas.

Y para el siguiente día se organizó un gran festival en el que se ofrecieron para tomar parte diversas atracciones.

En la sala de juego del Palace, el marqués de Areghi espiaba a sus raras perseguidoras.

Sabía que vigilaban sus pasos, que le tenían muy cerca, que le iban envolviendo en una red cada vez más estrecha. Y el marqués deseaba conocer aquella trama para huir o tomar una grave resolución en un momento desesperado.

Un detective se dirigió al director del hotel y le dijo:

—¡Todo está en regla! ¡Mañana firmará el juez la orden de detención!

El director se inclinó, acatando la orden. Uni-



*Acallaría su amor... lo abandonaría.*

camente rogaba que la detención se efectuase en secreto.

Areggi volvió a jugar. Sus ojos saltaban como asustados. Algo le decía que el cerco se estrechaba más y más.

Nadia, que no había vuelto a verla desde la noche famosa de la tormenta, le telefonó.

Arrugó el ceño al saber que se hallaba jugando.

—¡Le tiembla la voz!—le dijo—. ¡Y usted que me había dicho que no jugaría más! ¡Parece un chiquillo!

—Perdóneme, amiga mía, pero...

—¿Nos vemos en la fiesta? ¿Irás usted a ella?

—¡Sí, sí!

Nadia sentía la necesidad de hablarle, de verle. De nuevo la voz de la pasión le llevaba hacia él.

Areggi ganó de nuevo en el juego.

Luego fué a sus habitaciones, todo lo tenía preparado para su próxima marcha. Se daba cuenta de que la triste situación en que se hallaba iba a cesar de un modo definitivo.

Le perseguían, le alcanzaban, y la caza iba a adquirir caracteres de tragedia.

Era preciso escapar.

Por la noche encontró a Nadia en los salones

del Palacio. Descubrió hablar a solas con ella, sentía una indecible tristeza.

Fueron a un saloncito reservado. Nadia contemplaba sus ojos dolorosos. ¿Qué le ocurría? Parecía más demacrado que nunca, como si nuevas preocupaciones pesasen sobre él.

—Pensé que no volvería usted a pisar una sala de juego. Me lo había prometido y...—dijo ella disgustada.

—¡Perdóneme!—exclamó el marqués con ademán desesperado—. ¡Son estas los momentos más angustiosos de mi vida!

—¿Qué sucede? Un día me dijo usted que me explicaría su historia. ¿No ha llegado ese momento?

—¡Sí, ya ha llegado! Quiero que usted sepa cómo la fatalidad sigue a este desventurado.

Nadia se dispuso a escucharle con emoción, segura de que al fin iba a conocer el misterio que ocultaba aquella vida.

El marqués habló:

—Nadia, yo soy un hijo del marqués de Areggi. Mi padre a poco de nacer yo, abandonó a mi



madre. Pasaron los años. Después de una juventud borrasca, yo hui a América.

"Una noche, en Tripolitania, adonde fui buscando nuevo trabajo, tuve ocasión de salvar la vida de un hombre a quien atacaban varios obreiros. El agradecimiento de aquel hombre fué extraordinario. Y una vez curado de las heridas que le hicieran quiso premiar mi acción confiándome un secreto.

"Me enseñó una sencilla combinación, con la que podía ganar siempre al bacarrat.

"La primera vez que probé fortuna, la suerte coronó mis afanes. Y desde entonces, con mi combinación he ganado siempre, casi siempre.

"Hace poco, supe por un notario el fallecimiento de mi padre. Un hermano, hijo legal, al que no conocía, quiso partir conmigo la herencia y me llamó.

"El parecido con mi hermano era asombroso. Vivimos unos meses juntos; él parecía mi doble yo.

"Y una noche, paseándonos los dos por un acantilado de la costa, mi hermano, que daba señales

de neurastenia aguda, dijo de pronto: "¡La vida es estúpida!" Y se arrojó a las olas.

"En vano intenté salvarle. Las olas se lo habían tragado para siempre.

"¡Ah! Creyendo poder ocultar su muerte, adopté su nombre y su título, pero un criado descubrió la superchería. Y desde entonces la policía me persigue.

"Se me acusa de usurpación de título, de haberme apoderado de toda la herencia. En el Palacio un detective vigila mis pasos. Adivino que voy a ser detenido de un momento a otro."

Areghi calló. Se le veía emocionado, intranquilo. Especialmente la última parte de su relación la había hecho tembloroso, lentamente, como si tuviera que improvisarla.

Nadia se sentía más feliz que nunca. Aquellas palabras, en vez de calmarla, la excitaban en alto grado. ¡Una tragedia por medio! ¡Y serían sinceras las palabras de aquel hombre?

Areghi exclamó con ademán desesperado:

—¡Nadia! Si son verdad sus promesas, sólo tengo un medio de salvación. ¡Huyamos juntos! La joven se estremeció.

—¡No puedo!—respondió—. ¡He de meditar!  
¡Sus palabras son tan asombrosas!

—¡Dentro de una hora necesito la respuesta!—  
dijo Aregghí—. ¡Volveré por ella!

Y volvió a los salones con un ansia de huir, de escapar cuanto antes, pero con la mujer amada.

Entre la algarabía de la fiesta, el desdichado esperaba la decisión de su amor. ¿Le seguiría?

Y en su gabinete, Nadia se paseaba frenética, sin saber qué partido tomar.

¡Ah! ¡Ante ella apareció una terrible sospecha como un dardo envenenado que se clavara en su alma!

¿Era posible? ¿No habría mentido descaradamente aquel hombre y la causa de su terror fuera el que él... había sido... ¡oh! había sido el autor de la muerte de su hermano?

Por quedarse la herencia, por ostentar el título ¿no habría cometido un asesinato?

¡Qué pensamiento tan cruel! Quiso rechazarlo, pero de nuevo le siguió como su sombra.

\*\*\*

En las oficinas del Palacio llegaban varios detectives con el propósito de proceder a la inmediata detención de Aregghí.

Mostraron una carta al director del hotel. Era del jefe superior de policía y decía:

*"Las informaciones de ustedes han sido comprobadas y resultan exactas. Proceda sin más dilaciones a la detención del de Aregghí, como presunto autor de la muerte de su hermano, el verdadero marqués."*

—¡La detención debe hacerse sin escándalo, señores!—decía el director, angustiado—. ¡El nombre del Palacio por encima de todo!

—¡Así se hará!



Entretanto en el hall y en los salones se celebraba la fiesta de caridad con una pampa soberana.

Triunfaba una canción española, "Valencia", la música del maestro Padilla, que pasó famosa por el mundo entero.

Unos detectives penetraron en un salón. Areghi les vió y al reconocerles hayó asustado.

Su detención era inmediata. ¡Ay de él si no lo graba escapar! Y corrió hacia una salita del Palacio, donde Nadia se hallaba meditando.

—¡Estoy corriendo!—le dijo—. ¡Van a detenerme! ¡Y es preciso que me facilite usted una carta que yo le dictaré, para probar con una coartada mi inocencia!

Temblaba; sus ojos despedían chispas malignas.

La muchacha se estremeció.

—¡No, no, yo no hago esto!

—¡Tome la pluma! ¡Pronto! ¡Lo quiero, lo necesito!

Se hallaba poseído de furor. La virgen loca que nadaba en los mares angustiosos de la fatalidad, acabó por ceder y escribió lo que él dictaba:

*"Amigo de Areghi:*

*"No se preocupe por la ridícula acusación que sobre usted pesa. Es absurdo pensar en que sea usted el asesino de su hermano. Recuerdo que en la fecha de esa muerte usted estaba en Montecarlo, donde me acompañó a todas las fiestas."*

—¡Bien! ¡Ahora firme!

Pero la mano se negaba a seguirle. Nadia tenía ahora casi la certeza de que aquel hombre era un asesino; el terror de que daba muestras, su angustia ante la idea de ser detenido, la coartada que preparaba, ¿no decían que Areghi era responsable?

¡Oh! Sintió de pronto hacia él una gran repugnancia. ¡Era un asesino! ¡Y había escuchado las palabras de amor de aquel malvado!

Decidida cogió el teléfono y quiso llamar a la dirección para denunciar la presencia de Areghi.

Este le arrebató violento el aparato y gritó mascullando las palabras:

—¡Nadia! ¡Evite que surja en mí el aventurero que no se detiene ante el crimen!

—¡Ah, asesino! ¡Tú mataste a tu hermano!—  
gritó ella—. ¡Acabas de confesarlo!

—¡Firme, firme, o ay de usted!

Engarfió las manos como un dogal que fuera a quebrar la garganta marfileña de la joven.

Nadia le miraba horrorizada.

—¡Asesino!—gritó aún—. ¡Asesino!

—¡Sí, fuera carcelas! ¡Asesiné a mi hermano; fui yo quien lo eché al mar! Pero necesito huir, ser libre, vivir, porque te quiero. ¡Tú debes salvarme, Nadia!

Ahora parecía suplicar como un amante.

—¡Tuya es la culpa de que puedan detenerme!—siguió diciendo—. ¡Tú me retuviste a tu lado con tus engaños!

—¡No, no!

—¡Insensata! ¡Ya vez si te quiero, que no temí por mi libertad, con tal de estar contigo! ¡No me salvarás!

Llamaban a la puerta. Era la policía.

Nadia se levantó. Ella no firmaba. Y Areghi, desesperado, impotente ya, lanzó una maldición y huyó por la ventana hacia el jardín.

Su empeño fué inútil. Al caer sobre el fino sús-

lo, unos detectives se lanzaron sobre él y le esposaron.

¡Por fin estaba preso! Ahora la justicia se encargaría de hacer pagar las culpas al fruticida.

Rendida por la emoción, con el corazón enfer-



—¡Tuya es la culpa de que puedan detenerme!

mo, la pobre Nadia cayó desvanecida, mientras decía:

—¡Era un asesino! ¡Y yo tuve tratos con él!  
¡Loca de mí!



Pasó tiempo. Y la desdichada virgen que había pasado tal aventura trágica, fué al refugio del campo, buscando olvido a su pesar ¡Ela qué hombre puso los ojos del amor!

Otra mujer, tan desgraciada como ella, la bella Mary, acababa de profesar en un convento de monjas, despidiéndose del bauto del mundo con una renunciación alegre y juvenil.

Una mañana Nadia leyó en un periódico la noticia de aquella profesión:

#### \*DE SOCIEDAD

*"Apenas nacida una flor que perfumó las acciones, la vemos apagar. La encantadora Mary*

*Van Berghen, y ésta es el último pirapo mundano, no volverá a pisar las alfombras del Palacio.*

*"Ayer se cerró tras de ella la veja de la clausura. Al privarnos de contemplar su belleza, nos deja el recuerdo de su caridad. Toda su fortuna será empleada en obras de beneficencia.*

Nadia se entristeció. Dió a leer el diario a su madre y luego dijo:

—¡Pobre Dick!

Pensaba en el pobre enamorado, por dos veces herido en el amor. ¡Qué cruel había sido su vida!

Los señores de Haks, ante la exclamación de pena que había lanzado su hija, se apresuraron a invitar al antes desdichado Dick que no tardó en acudir a la finca.

Dick se sentía melancólico. Para él la actitud de Mary había sido incomprensible. Nunca supo que aquella mulvada Juana Passano era la autora de la separación.

El muchacho sufrió ante la clausura de Mary; pero, ¿por qué negarlo? Su corazón había pecto-

recido siempre a la otra, a Nadia: el primer cariño.

Y al ser llamado, corrió con alegría hacia donde volvía lentamente a la vida la mujer de sus ensueños.

Vió a Nadia en el jardín, entre el perfume de las flores y el revoloteo de las mariposas.

—¡Dick, Dick, perdóname!—suplicó ella, libre de la pasión fatal—. Estoy curada de mi mal. Había buscado en otro sitio lo que sólo tú podías darme: un verdadero amor. ¿Tendrás piedad para esta desdichada?

—¡No he de tenerla... si al tenerte a ti lo tengo todo? Nuestro pasado fué una pesadilla. Mírenos de frente al mañana para amarnos siempre, Nadia.

Y se besaron como aquella otra lejana vez en el jardín.

\*\*\*

Y un mes después celebróse su boda, y en el último piso del Palacio había luces en una habitación, donde dos corazones y dos bocas se unían en un beso...

FIN



— H O Y —

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

El Carnaval de Venecia

por MARIA JACOBINI



SELECCIONES  
**L. Gaumont**  
DIAMANTE AZUL

En breve:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

para

1929

Alarde de buen gusto artístico y literario,  
como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar  
las pastales de L. N. S. C. de 1928

EXCLUSIVA  
DE VENTA

Sociedad General  
Española de Librería

Barbará, 16  
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1  
MADRID

*[Handwritten scribbles and signatures]*  
*[Illegible signatures]*  
*[Illegible signature]*  
*[Illegible signature]*  
*[Illegible signature]*



La Lola ~~thru~~ son ~~the~~  
Colonial

**E**

**L.B.**

He

*John D. Thompson*

*[Faint handwritten text at the bottom of the page]*